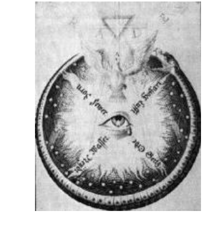


GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS & MARTINEZISTAS DE ESPAÑA

-G.E.I.M.M.E.-

Fundado el 12 de Octubre de 2.003



Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.
Ministerio del Interior. España.

BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 83

21 de Septiembre de 2.024

S U M A R I O


IN EXCELSIS DEO ET IN TERRA

«LA ‘REINTEGRACIÓN’ DE LOS SERES EN SU ‘SEMEJANZA’ DIVINA SEGÚN EL RÉGIMEN ESCOCÉS RECTIFICADO»

Jean-Marc Vivenza[1]

*

«…lanza una mirada plena de deseo hacia las regiones superiores que son tu herencia y tu verdadera patria.»

Regla Masónica al uso de las Logias Reunidas y Rectificadas
Artº I, «Deberes con Dios y la religión», § I.

La «Regla Masónica Abreviada» insiste en que la naturaleza inmortal del alma debe ser objeto de una atención particular, invitándonos a la «separación» entre los «principios celestes» y las «aleaciones extrañas», es decir, el compuesto material degradado:

> «*Recuerda sin cesar que el hombre fue la obra maestra de la creación, ya que Dios mismo lo creó a su imagen y semejanza. Penétrate, por la naturaleza inmortal de tu alma, y separa con cuidado este principio celeste e indestructible de aleaciones extrañas*[2].»

Si bien se insiste varias veces en recordar que el hombre es «imagen» de Dios, se enuncia claramente el objetivo del trabajo realizado en el Régimen Rectificado, a saber, recuperar su «semejanza divina», una «semejanza» que el hombre poseía en su origen primitivo, cuando aún no había perdido su «estado de inocencia», en otras palabras, antes de la prevaricación de Adán en el Edén, precisando -lo cual es muy relevante para una Orden que, si fuera necesario insistir de nuevo, hace de la perspectiva de la «reintegración» su base doctrinal e iniciática- que este «retorno» a ese estado inicial o primigenio es el «objeto del cristianismo»:

> «*Si las lecciones que la Orden te ofrece, para facilitarte el camino de la verdad y la felicidad, se graban profundamente en tu alma dócil y abierta a los efectos de la virtud; si las máximas saludables, que marcan, por así decirlo, cada paso que des en tu carrera masónica, se vuelven tus propios principios y la regla invariable de tus acciones, ¡oh, hermano mío!, ¡cuál será nuestra alegría! Cumplirás tu sublime destino, recobrarás esa semejanza divina que formaba parte del hombre en su estado de inocencia, que es el objetivo del Cristianismo, y del cual la iniciación Masónica hace su objeto principal. Te volverás la criatura amada del Cielo: sus*

[1] Discurso pronunciado en la Festividad del DNRDF-GDG de abril de 2024 en Lyon (Francia).
[2] Ms. 5919, pieza 3, § II. Biblioteca Municipal de Lyon, (1790).

bendiciones fecundas recaerán sobre ti, y mereciendo el título glorioso de sabio, siempre libre, feliz y estable, pasarás por esta Tierra como los reyes, benefactor de los hombres y modelo de tus hermanos[3].»

Es evidente que la idea central transversal de ambas versiones de la «Regla Masónica», a saber, que ante su origen primitivo perdido que coloca al hombre actual en una situación de abandono y alejamiento de su verdadera esencia, debe ahora obrar para recuperar esta esencia primitiva, *so pena* de que su alma se hunda en las tinieblas de la materia, no sólo es la traducción exacta de lo que los rituales de los diversos Grados del Régimen indican constantemente con palabras relativamente parecidas y formulaciones similares, sino también, y sin duda alguna, de lo que la Orden ha hecho su objetivo general y primordial desde su constitución en el siglo XVIII, que consiste en la «*reintegración de los seres en su primera propiedad, virtud y potencia divina*».

La recuperación de la «semejanza divina» para el «menor espiritual», que fue creado por Dios «a su imagen», es el otro nombre sinónimo de aquello en lo que consiste realmente la «reintegración» al modo martinesiano, confirmando el hecho de que la Orden está ahora positivamente encargada de la función que había sido confiada por Martinès de Pasqually († 1774) a la Orden de los Caballeros Masones Élus Cohen del Universo, y que, desde su desaparición, ha recaído en el Régimen Escocés Rectificado, cuya misión es hacer posible que todas las «almas de deseo» que buscan sinceramente la «Luz» situada en las regiones celestes «cumplan su sublime destino».

I - El iniciado debe convertirse en un ser capaz de la «Luz» divina

Plantearse el problema de la «semejanza» divina es, en realidad, preguntarse cuál es el estatuto ontológico del hombre y cuestionarse el estado presente y futuro de la criatura, preguntas que deben responderse a partir del conocimiento previo de nuestro «primer origen».

Así pues, en una «vía iniciática» como la del Régimen Escocés Rectificado, es necesario comprender primero el sentido preciso y específico de la perspectiva misma del trabajo que implica el itinerario espiritual ofrecido a quienes se embarcan en el sistema ideado por Jean-Baptiste Willermoz (1730-1824) en el siglo XVIII. Es bajo esta luz singular, pues, que intentaremos situar nuestras reflexiones, así como avanzar un poco en esta cuestión verdaderamente central y fundamental que concierne al futuro efectivo de cada miembro de la Orden.

Para los que se toman en serio esta cuestión, de la lectura de los rituales y sobre todo de las Instrucciones para los diferentes grados, se desprende que el trabajo masónico, según el

[3] *Regla Masónica al uso de las Logias Reunidas y Rectificadas* aprobada en el Convento de *Wilhelmsbad*, impresa en 1782, B.M.L. Ms 5458-04b, Artículo IX, § 2 «Deberes con la Orden».

pensamiento willermoziano, tiene como objetivo hacer del hombre, mediante un trabajo interior riguroso y constante, un ser capaz de la «Luz» divina, ciertamente la «Luz» de la que deriva el «ser» como fuente primaria de todo, pero también una «Luz» que debe «reintegrar» aquí abajo, antes de fundirse en ella a la hora de su muerte.

II - El alma se dejará «guiar» por los rayos de la «Luz» esencial

En efecto, desde sus primeros pasos en la carrera rectificada, con el fin de indicar con precisión el sentido de los trabajos a emprender, se indica claramente al Hermano:

> «*…por débil que sea la luz que el hombre porta al nacer, si la descuida puede perderla por completo y caer en las más espesas tinieblas, pero también puede acrecentarla en gran manera mediante el buen uso que de ella haga, y debe igualmente esperar descubrir a través de ella la verdad, a pesar de las brumas espesas que la ocultan a los ojos vulgares. Es entonces que, abriendo los ojos a un nuevo día, ve con admiración y sorpresa la multitud de ayudas que la bondad divina ha establecido alrededor suyo para dirigirle y defenderle.*[4]»

Será necesario, pues, esforzarse seriamente, con rara constancia, para poder ver los maravillosos elementos benéficos que la «Divina Providencia» ha colocado a nuestro alrededor. Pero para distinguirlos, hay que ponerse a trabajar pacientemente, y aceptar poco a poco desaprender, y así liberarse de los prejuicios para dejarse guiar por los rayos de la «Luz» esencial.

III - La vía masónica trabaja por la «reintegración» progresiva del hombre en la «Luz del Verbo»

Por eso esta práctica puede compararse a una «ciencia», la «ciencia» por excelencia, la que centra toda su atención en el hombre, la que no se regodea en concepciones idealizadas de la naturaleza humana, ni cae en la tendencia a adormecerse ante el trabajo que hay que realizar. La verdadera iniciación, por el contrario, se centra en la naturaleza real de la criatura y en los medios de que dispone para salir de las trampas mortales en las que está atrapada.

De esta forma se entiende mejor por qué Joseph de Maistre (1753-1821) escribió con tanta razón en su Memoria al Duque de Brunswick:

> «La verdadera Masonería no es otra cosa que la ciencia del hombre por excelencia, es decir, el conocimiento de su origen y de su destino.»

---

[4] *Instrucción Moral del Grado de Aprendiz Francmasón con la explicación del Ceremonial de Recepción*, Ritual del Grado de Aprendiz del Régimen Escocés Rectificado, escrito en el Convento General de la Orden el año 1782, versión completada por Jean-Baptiste Willermoz y comunicada por él en 1802 a la Respetable Logia de la Triple Unión al Oriente de Marsella, 1802.

Así, la vía masónica, según la doctrina del Régimen Escocés Rectificado, retomando la acertada definición del Conde de Chambéry, y dándole, de manera tan notable que causa admiración, su plena y completa dimensión trascendental, apunta... y este término es obviamente utilizado deliberadamente debido a su intimidad con las misteriosas fuentes fielmente recogidas y piadosamente conservadas por Jean-Baptiste Willermoz, a la progresiva «reintegración» del hombre en la «Luz del Verbo», una aplicación efectiva de las palabras de San Pablo a los Romanos :

«*La noche ha avanzado, y se acerca el día.*
Desechemos, pues, las obras de las tinieblas,
y vistámonos con las armas de la luz.»
(Romanos XIII :12)

IV - Para avanzar hacia la luz, hay que quitar el velo «que desfigura la imagen de la divinidad» y que el hombre lleva consigo

La mirada a la condición humana a la que nos invita el Régimen Rectificado, y que se muestra desde la «vía reconciliadora», predicada a lo largo de los siglos a todas las generaciones por los elegidos del Eterno, es una lección importante que debe ser valorada en su justa medida, porque esta lección, en forma de corrección firme y justa, es un viático salvífico para que cada Hermano pueda avanzar precisamente hacia su «plenitud» en la dirección de la «Luz», entendiéndose que este «avance» no puede tener lugar realmente si no quita de delante de sus ojos ese velo cegador «*que desfigura esta imagen de la divinidad*» y que el hombre lleva consigo.

La única manera de que el hombre alcance la armonía interior
es abrirse humildemente a la «Trascendencia».

De este modo, a lo largo de toda su vida, el hombre es relativo en esencia, es más, es exclusivamente relativo, porque su naturaleza es estar relacionado con una «Causa» primera de la que lo recibe todo, y a la que siempre se refiere. Esta referencia y este vínculo, que podrían ser una fuente permanente de felicidad, son sin embargo un drama existencial casi universal que representa una fractura que nunca se cierra, una brecha que nunca se colma, puesto que nada en nosotros procede de nosotros, sino que es recibido, aunque quisiéramos, no sin un apagado y secreto deseo de insubordinación, ser nuestra propia causa. Esto explica por qué, en el plano natural, todo ser humano es incapaz, por sí mismo, de alcanzar el fin del ser. Está frenado por su carencia constitutiva, su límite nativo. Por tanto, la única forma de que el hombre alcance una armonía interior capaz de apaciguar su espíritu y aliviar las angustias de su alma es abrirse humildemente a lo «Trascendente», una apertura de disposición acogedora, amorosa y orante.

Los consejos de la Orden dicen exactamente lo mismo y van exactamente en la misma dirección, la de la necesaria entrega completa del alma en manos de la Divinidad, comenzando por un sincero examen interior de la naturaleza humana, de sus vicios y de sus tendencias desequilibradas:

> «*Explora en los repliegues ocultos de tu corazón: tu alma es la piedra bruta que debes desbastar. Ofrece a la Divinidad el homenaje de tus afectos regulados y de tus pasiones vencidas. Vela y ora. Que tus manos sean puras y castas; tu alma verdadera, recta y pura. Desconfía de los frutos amargos del orgullo que perdió al hombre. Estudia los jeroglíficos de nuestra Orden, velan verdades grandes y satisfactorias, y llegarás a ser mejor por esta meditación*.[5]»

V - La «desemejanza» que comparten todos los seres encarnados en formas materiales

Pero a este primer estado de naturaleza, marcado por la dependencia ontológica, se añadió un segundo, que no es otro que la herencia recibida de la prevaricación de Adán, reforzando aún más las limitaciones, carencias, fragilidades e incompletudes de las criaturas, conduciéndolas de forma casi decidida hacia las más diversas desorientaciones, inscribiéndose esta al nacer en el «pecado» cometido por el primer padre de la humanidad según la carne, produciendo una «desemejanza» que es compartida por todos los seres que se incorporan a las formas materiales.

La «desemejanza» no es sólo una deficiencia del ser, una debilidad, es una corrupción de la naturaleza original de Adán, una alteración y una transmutación completa de su primer estado en una forma pasiva, «impura» y material.

Jean-Baptiste Willermoz, cuya fidelidad a las enseñanzas de Martinès de Pasqually es absolutamente remarcable, explica así lo que le sucedió a Adán tras su prevaricación en el Edén:

> «*El hombre convertido en criminal, destituido de la posición gloriosa que no había sabido defender, y despojado de la forma impasible que había dejado mancillar, fue arrojado y ligado a una forma corporal material con la que vino a arrastrarse sobre la superficie terrestre, para transmitirla en orden sucesivo a su posteridad. Fue, pues, por un enorme abuso de su libertad, y por actuar con una voluntad contraria a las órdenes que había recibido, por lo que atrajo sobre sí el espantoso castigo del que su posteridad seguirá siendo víctima hasta el final de los tiempos*.[6]»

---

[5] *Resumen de la Regla Masónica*, op. cit., art. VII.
[6] Jean-Baptiste Willermoz**,** *3er Cuaderno [C]*, FM 509, Biblioteca Nacional, «*De la libertad y de las facultades de los seres espirituales y de su emancipación*».

Fue, además, esta «muerte», que sobrevino a Adán y a sus descendientes, la que iba a caracterizar el estatuto ontológico de la naturaleza humana para el resto de los tiempos, hasta la consumación de los siglos, marcando, por una limitación drástica y rigurosa, terrible y extremadamente severa, hay que decirlo, la caída implacable e indiscriminada de todas las criaturas. Esta determinación ineludible y despiadada se ha convertido, desde la traición de aquel que fue considerado en el momento de su emanación en su cuerpo «glorioso» como el «Diputado» del Eterno, en la marca constante de la terrible reprobación, y en el recordatorio permanente del carácter imperdonable de la falta cometida en el Edén, que fue una horrible traición a la confianza depositada en el menor espiritual:

> «*La justicia de Dios, justamente encolerizada por la excesiva ingratitud del hombre que acababa de abusar tan horriblemente de su amor y de sus dones, pronunció un juicio terrible contra él, y por una sucesión necesaria, contra toda su posteridad; le condenó a la muerte con que le había amenazado en caso de infidelidad. Lo expulsó y sacó ignominiosamente del centro glorioso que acababa de profanar, y lo arrojó a las entrañas de la tierra, donde se vio obligado a revestirse de un cuerpo de materia, con el que se arrastraba por la superficie con los demás animales con los que acababa de asimilarse*.[7]»

Este cuerpo destinado a la muerte, a pesar de que Adán fue emanado como «imagen y semejanza» del Creador, está igualmente destinado a desaparecer y disolverse en la nada, porque la materia es una «realidad aparente», no teniendo, en rigor, ningún valor esencial, siendo sólo una «envoltura pasajera» desprovista de consistencia ontológica:

> «*[…] este cuerpo es una nada, porque la materia general de la que este cuerpo es una pequeña parte, no teniendo ninguna realidad, sino sólo una apariencia que debe desaparecer en algún momento, es verdaderamente una nada; pero el cuerpo del hombre ¿puede ser su ser esencial? ¿Por qué confundir entonces su ser real con su envoltura transitoria?*[8]»

VI - Las «Tinieblas» que provienen de la materia son también las «Tinieblas» de la inteligencia oscurecida del hombre

Pero si el compuesto material en el que está encerrada ahora la posteridad de Adán es ciertamente una prisión degradada y oscura, no son menos densas y tenebrosas las «tinieblas» constituidas por la inteligencia dañada, pervertida y degradada de la naturaleza actual del hombre, que ha corrompido efectivamente no sólo su forma primitiva perfecta, luminosa y

---

[7] Jean-Baptiste Willermoz, 2º *Cuaderno*, «*Respuesta a la 1ª Cuestión del Hermano Lajard de Montpellier del 22 de marzo de 1818 sobre la eternidad de las penas*».
[8] Jean-Baptiste Willermoz, FM 509 *(3er Cuaderno [C]*), I. «*Sobre la libertad y las facultades de los seres espirituales y su emancipación*».

gloriosa, sino también, y quizás incluso, sobre todo, sus facultades, en primer lugar, su «inteligencia»:

> «*Los Elementos de cualquier Corporización estaban originalmente encerrados en el Caos; en el momento de su explosión y por el ministerio de Agentes Secundarios que insertaron un Principio de Vida pasiva, se convirtieron en los tres elementos de la Materia: Fuego, Agua y Tierra, teniendo un destino futuro que el hombre anticipó. Estas son las* Tinieblas que provienen de la Materia y no es en ningún caso una Luz, *pues todo Espíritu, bueno o malo, lleva consigo su propia Luz mientras no se incorpore a la Materia donde la pierde, lo que expone al hombre extraviado o mal instruido a tantos errores y equívocos en sus visiones. Así pues,* cuando hablamos de las Tinieblas que oscurecen al hombre, nos referimos a las Tinieblas y al Oscurecimiento de su inteligencia*, y en absoluto a lo que comúnmente se entiende por Tinieblas o Luz.*[9]»

VII - ¿Cuál es entonces el «ser» mismo de las «tinieblas» de este mundo?

Aunque comprendamos la necesidad de abrirnos camino hacia la Luz, es sin embargo indispensable comprender mejor en qué consisten esas «tinieblas» que nos rodean interior y exteriormente, como nos dice San Pablo, en la medida en que la duración de nuestra estancia terrestre nos obligará a enfrentarnos a ellas, hasta el último suspiro. Los textos son relativamente discretos sobre su verdadera naturaleza, prefiriendo, y es fácil imaginar por qué, en la medida en que la oscura condición de la presencia en este mundo de los descendientes de Adán sólo puede empujar a la inteligencia a una cierta angustia ansiosa ante una condición que todo en el hombre rechaza, o más exactamente se niega a admitir.

El verdadero significado de «tinieblas» según Juan Escoto Erígena

En cuanto al significado teológico de «tinieblas», fue un teólogo muy fino y sutil de la Alta Edad Media europea, Juan Escoto Erígena (810-870), muy influido por su lectura de los Padres, quien emprendió un examen muy desarrollado de la noción, tocando un orden de realidad de «tinieblas», de acuerdo con el significado que le da la Sagrada Escritura - *Génesis* I, 4 ; *Éxodo* XIV, 20; *2 Samuel* XXII, 29; *Job* XII, 22; *Salmo* LXXXII, 5; *Joel* II, 2; *Amós* V, 20; *Lucas* XII, 3; *Juan* VIII, 12; *Hechos* XXVI, 18; *2 Corintios* IV, 6; *Efesios* VI, 12 ; *1 Juan* I, 5 ; *2 Pedro* II, 17 - y los numerosos doctores que le precedieron, en un estudio que destaca por su precisión y profundidad, explicando notablemente y con una soberana ciencia que obliga a la admiración, que aquello a lo que se aludía cuando se habla de «tinieblas» en plural, o cuando se hace referencia a esta noción en ciertos escritos religiosos, distinguiéndola claramente de «la Tiniebla», como veremos en el próximo capítulo, señalando la indecible trascendencia extrema de Dios, repre-

[9] Jean-Baptiste Willermoz, Carta a Turckheim, 12-18, VIII, 1821.

senta en realidad el mundo mismo. En efecto, según Juan Escoto Erígena, la palabra mundo tiene un triple significado, el de ser :

- 1° El mundo invisible de los espíritus;
- 2° El mundo material concreto de los cuerpos y de las cosas;
- 3° El hombre mismo como capacidad unificadora de los dos primeros mundos.

La tercera acepción, que nos interesará especialmente por nuestra preocupación de centrarnos en la «ciencia del hombre» -y en este caso en la posibilidad de recuperar la «semejanza» perdida-, se inscribe en una concepción en línea con la de San Agustín († 430), que confiere a la humanidad un estatuto único en el plan de la creación.

Así, como afirma Escoto Erígena:

> «*El tercer mundo, sólo se encuentra en el hombre, en quien toda la creación es llevada a la unidad [...] por eso el hombre es llamado 'todo'* (omnis)*; porque todas las criaturas, como en un crisol, se amalgaman con él [...] es este último mundo, es decir, el hombre, el que no ha conocido a su Creador. Ni por los símbolos de la Ley escrita, ni por los signos de la creación visible, ha querido conocer a su Dios...*[10]»

VIII - Las «tinieblas» que no han acogido al «Verbo Divino» son las negras tinieblas que oscurecen el espíritu del hombre

Las tinieblas que rechazan la luz de la Verdad representan, pues, al hombre mismo, las tinieblas más densas, las tinieblas de la incomprensión y del rechazo, las tinieblas de la rebelión y de la ceguera voluntaria hasta negar a Dios:

> "*El hombre no conoció al Verbo, ni antes de hacerse hombre, cuando sólo existía en la desnudez de su naturaleza divina, ni después de hacerse hombre, cuando sólo aparecía vestido de la carne. Ignoró al Dios invisible y negó al Dios que se había hecho visible. No quiso buscar a quien lo buscaba; no quiso escuchar a quien lo llamaba; no quiso honrar a quien lo divinizaba...*[11]"

En consecuencia, las «tinieblas» que no acogieron al «Verbo» divino, evocadas en el *Prólogo del Evangelio* de Juan[12], son ciertamente las tinieblas de la esencia degradada del compuesto

[10] Juan Escoto Erígena, *Homilía sobre el Prólogo de Juan*, CERF, 1969, p. 295-297.
[11] *Ídem.,* p. 299.
[12] «*En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todas las cosas llegaron a existir por medio de él, y sin él no llegó a existir ni una sola cosa. Lo que nació en él fue la vida, y la vida fue la luz de todos los hombres. La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron*.» (Juan 1 :1-5).

material en el que el universo físico está constituido por «necesidad» tras la prevaricación de los espíritus rebeldes contra el Creador, y en el que Adán fue a su vez encarcelado tras su vergonzosa desobediencia, pero son también las negras tinieblas que oscurecen el espíritu del hombre, las tinieblas de la ignorancia, las tinieblas que niegan la «Trascendencia», las tinieblas que nos cierran a lo sobrenatural y a las regiones invisibles, tinieblas activas que llegan hasta la hostilidad abierta y el rechazo violento de los misterios inefables de la región celeste.

Jean-Baptiste Willermoz, inspirándose en las enseñanzas de Martinès de Pasqually, resumió el proceso de creación del universo físico material de la siguiente manera, habiéndose tomado la decisión de crearlo por el efecto de una restricción, y como consecuencia de la prevaricación de espíritus perversos, confiriendo al mundo la forma de un «triángulo equilátero» constituido para servir de límite y de prisión, y en el que Adán, tras su prevaricación, fue encerrado:

> «*Tan pronto como los primeros espíritus emanados concibieron sus orgullosos pensamientos y se entregaron a su mala voluntad, el Creador se dio cuenta de ello. Inmediatamente creó el espacio para que fuera un lugar de sujeción, privación y reconciliación para estos espíritus perversos que fueron precipitados en él. Tan pronto como concibió el funcionamiento de este universo físico de materia aparente, el plan se presentó a su imaginación divina,* ***en forma de triángulo equilátero*** *que hizo descender en presencia de los espíritus ternarios menores, a los que dio la orden de realizarlo, haciendo uso de las facultades que tenían innatas en sí mismos y según el plan que les presentó, en cuyo centro estaba su verbo ternario que reconocemos como principio de la reacción o respuesta universal.*[13]»

En consecuencia, la figura del triángulo equilátero traza ante nuestros ojos toda la historia universal, y evidentemente la historia del hombre, desde su primitiva emanación divina, «a imagen y semejanza» del Creador, luego desde su degradación en una forma animal impura «desemejante» y su exilio en la región terrestre, hasta su retorno a la gloria por la gracia del Divino Reparador, en una especie de don gratuito de una parcela de la esencia divina que posee, y que, por desgracia, ha perdido momentáneamente, al haber sido aprisionado por su terrible Caída en las «tinieblas» de su cuerpo de materia, esencia y propiedad primera que, sin embargo, está destinado a recuperar si se abre y acoge en sí la «Luz» radiante del Verbo de Dios[14].

---

[13] J.-B. Willermoz, *op. cit*., «lección n° 111», nd.

[14] Véase sobre este punto: *Los Élus Cohen y el Régimen Escocés Rectificado*, cap. VI, «Los elementos Cohen presentes en el Régimen Escocés Rectificado: medios simbólicos e instrumentos de la «Reintegración», 2) Triángulo, "Lámina de oro y Delta de Oriente", Grenoble, Le Mercure Dauphinois, 2010, p. 167.

IX - El hombre que desea ascender hacia la «luz» está sometido a una «expiación espiritual» y a una «purificación corporal»

En la terrible situación actual del hombre, encerrado en un cuerpo de materia tenebrosa, encerrado a su vez por los estrechos límites de la región terrestre -situación simbolizada por la figura del triángulo equilátero bajo el estrado oriental de la Logia-, debe iniciarse un lento proceso de ascensión hacia la patria celestial, en primer lugar a través de una «expiación» concreta, durante la cual la criatura deberá readquirir los siete dones espirituales perdidos, subiendo de uno en uno, paso a paso, y con valor y paciencia duraderos, no sin duro trabajo y muchas pruebas exigentes, los diferentes niveles de la escalera de las virtudes, que le permitirán esperar - evidentemente con la ayuda de la gracia, sin la cual nada es posible desde el punto de vista humano - un retorno al «centro» del que Adán fue expulsado tras su prevaricación.

La obra rectificada podría resumirse como el «trabajo» de «ascensión» hacia la imagen perdida, que ocupa la parte esencial del programa de restauración del estado de Adán antes de la Caída, lo que implica un empeño diligente, estudioso y paciente, por el que el alma va escalando poco a poco los diversos peldaños, pero de forma inversa a los que encontró durante su descenso a este mundo.

Esta lenta ascensión, que sólo puede lograrse mediante un trabajo constante y un compromiso valiente, discurre por dos vías esenciales, complementarias y paralelas: 1°) la «expiación espiritual» y 2°) la «purificación corporal», vías redentoras y reparadoras que deben estar íntimamente ligadas en una auténtica ascesis centrada tanto en el «espíritu» como en los «sentidos».

Aunque esta cumbre celeste parezca, a primera vista, bastante inaccesible, el efecto del trabajo purgativo emprendido con disciplina y atención al respeto y desarrollo de las virtudes «cardinales» y «teologales», puede ser extremadamente eficaz para capacitarnos a acoger los dones gratuitos de la «gracia» santificante que tienen un poder restaurador incomparablemente superior a cualquier industria humana, y son capaces de producir transformaciones capaces de superar y sobrepasar todas las barreras limitantes, conduciendo al alma de deseo a las gradas del «Santuario»:

> «*Hoy, para volver al centro del que [el hombre] descendió, debe ascender por el mismo camino y pagar a cada uno de sus agentes principales el tributo de expiación y de justicia que se impuso a sí mismo para recuperar los siete dones espirituales que poseía en su plenitud. Es este tributo de expiación y de justicia el que el hombre debe comenzar a pagar aquí abajo, aunque no pueda pagarlo plenamente mientras esté ligado a esta forma de materia que le expone constantemente a nuevos peligros. Su trabajo aquí abajo es purificarse con gran cuidado de los siete vicios, o pecados capitales, opuestos a las siete virtudes que son las únicas que pueden procurarle los siete dones del espíritu [...] Como el hombre está*

expuesto al pecado espiritual y corporal, está por tanto sujeto a una expiación espiritual y a una purificación corporal. Ambas deben estar tan unidas como las dos naturalezas por las que peca. La soberbia es el crimen del espíritu, por lo que debe ser combatida con la más profunda humildad ante el Creador; los sentidos nos hacen la guerra, por lo que deben ser mortificados.[15]»

X - La mayor prerrogativa es la de poder conocerse a sí mismo

Pero, en términos prácticos, ¿cómo podemos poner en práctica este «camino» de humildad «mortificando» los sentidos?

La respuesta la da Jean-Baptiste Willermoz, el único autor de los rituales simbólicos del Régimen, que expone el camino a seguir en términos notables, llenos de advertencias benéficas que conviene atesorar a lo largo del viaje iniciático:

«*…sondead hasta el fondo de vuestra alma para encontrar allí el conocimiento de vos mismo. Es un trabajo penoso, es cierto; pero proporciona la llave de todos los misterios y conduce a la verdadera felicidad. La más hermosa prerrogativa del hombre, Hermano mío, es la de conocerse a sí mismo. Aquel que no sabe gozar de ello ignora el alcance de sus fuerzas, y no puede hacer un justo empleo de ellas. Ignora también su debilidad, y no sabe en quién apoyarse. Al igual que el ciego que camina al azar, ninguna luz le ilumina en su camino que debe seguir arrastrado sin tregua por oscuros deseos, de los que ni tan siquiera conoce el origen ni el objeto, la felicidad que espera se le escapa a cada instante. Y cuando al fin el peligro le advierte que se extravía, no atina a encontrar el buen camino, y ya no sabe ni de dónde viene ni a dónde va.*[16]»

XI - El alma debe saber con certeza lo que debe «conservar» o «destruir» para alcanzar la «semejanza» deseada

Además, en la continuación de estas palabras de sabiduría infinita, se le dice a la persona que persevera en el camino de reparación que es importante, en primer lugar, que se forme en su interior una «idea verdadera» de las perfecciones que posee el modelo que desea alcanzar, y que esta idea se imprima permanentemente en su alma, única manera de alcanzar la «semejanza» perdida y deseada:

« *…[que el hombre tenga] una idea clara y verdadera de las perfecciones de su modelo; y sólo después de haberlas grabado profundamente en su alma sabrá*

[15] J.-B. Willermoz, *Las lecciones de Lyon a los Élus Cohen*, n° 103, miércoles 22 de octubre de 1776.
[16] J.-B. Willermoz, Ms. FM4 527, Biblioteca Nacional de Francia.

qué es lo que debe destruir y qué es lo que es necesario conservar para alcanzar el parecido que desea.[17]»

Conviene, pues, prestar especial atención a esta indicación de las perfecciones que hay que imitar, mediante el método así descrito, es decir, «destruyendo» los vicios que hay que combatir y luego aniquilar y, por otra parte, cultivando «conservándolas» puras e inmaculadas, las «virtudes» espirituales según su orden gradual, en primer lugar las cuatro virtudes cardinales, cuyo nombre procede del latín «cardo», que significa «bisagra»: «justicia», "templanza", "prudencia" y "fortaleza", y en segundo lugar las tres virtudes teologales que llevan esta denominación por estar relacionadas con Dios: "fe", "esperanza" y "caridad".

XII - El misterio de la «Divina Tiniebla»

De hecho, este es el requerimiento que la «Regla Masónica», citada varias veces anteriormente, reitera constantemente, apelando a la certeza firmemente renovada de la naturaleza sobrenatural e inmortal del «alma»:

«¡no olvides nunca!»

El problema es que aquí abajo todo está «invertido», constituyendo un «reflejo» total del mundo espiritual[18], la auténtica «Luz» es así percibida como «tinieblas» por los hombres, y la falsa luz de los hombres, ilusoria y engañosa, es vista como noche a los ojos de Dios.

Esto explica por qué la «Luz invisible» del Padre era llamada «Divina Tiniebla» por los santos contemplativos[19], nombre dado a la más alta «Trascendencia» no manifestada, aquello que la mente es incapaz de concebir y los sentidos de percibir a causa de su imperfección nativa, la «Trascendencia» de Dios que es una «noche» para la mente y una «noche» para los sentidos, una «Trascendencia» que reside en la «más densa oscuridad» en relación con el mundo visible que no es, Trascendencia» que reside en las "tinieblas más densas" en relación con el mundo visible, que es, propiamente hablando, sólo la sombra de la auténtica "Realidad", pero que,

---

[17] Ídem.

[18] «*Ahora vemos por espejo, oscuramente; más entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido*.» (I *Cor.* XIII:12).

[19] En la Francia del siglo XVII, en una época en la que el conocimiento y la lectura de los Padres griegos estaban aún poco desarrollados, un piadoso ciego de Marsella, François Malaval (1627-1719), profundamente versado en la práctica constante de la oración silenciosa interior, hablaba de forma extraordinariamente sutil de la contemplación de la «Bella Tiniebla» para significar la elevación del alma hacia Dios a la luz de la «fe oscura» y de la «docta ignorancia». Para explicar por qué decidió publicar su obra principal, en la que exponía su original método de contemplación de la «noche divina», escribió: «*Queriendo mostrar a Dios mi gratitud por las tinieblas exteriores con que ha cubierto mis ojos casi desde el principio de mi vida, presento al mundo las tinieblas que le hacen ver la luz de Dios, tinieblas santas y preciosas que son los caminos de la divinidad, y que Dios ha puesto en el mundo para que los que no ven puedan ver y para que los que ven se vuelvan ciegos siendo demasiado cierto que tales tinieblas hacen la oscuridad de unos y la luz de otros*.» (François Malaval, *Carta al cardenal de Bona*, en *La Bella Tiniebla*, Ed. Jérome Millon, 1993).

en verdad, es pura "Luz" para el alma, de modo que así como la verdadera acción es "no-acción", al igual que el silencio posee la potencialidad de todos los sonidos, la "Tiniebla superior" es fundamentalmente la "Luz" que supera toda luz, la esencia principal de la "Luz supraesencial"[20].

XIII - Dejar a un lado las «tinieblas» e ir más allá de la región de las sombras para vivir en la «Luz» del Eterno

Así pues, aclarado este punto, y teniendo cuidado de comprender la dialéctica de la inversión que genera tanta confusión, sabiendo ver como «Luz» lo que los hombres denominan «noche», y la «noche» de los hombres como «Luz» divina, es posible dejar a un lado las «tinieblas» que rodean el alma en busca de Dios avanzando hacia la «Luz» prometida.

Elimina las tinieblas, como pide a sus miembros el Régimen Escocés Rectificado, y del que es emblemática a este respecto la reflexión que acompaña al primer cuadro de la «cámara de reflexión»: «*La Justicia exige de vos este trabajo. El momento es decisivo: considerad pues el miserable estado en que os encontráis, las tinieblas que os rodean, la luz que os es prometida. Meditad y elegid*»[21]. Se trata, pues, en primer lugar, concretamente después de haberse alejado del reino de la insubordinación, del mundo oscuro de la rebelión y del rechazo de la Verdad, de recibir la «Palabra», la «Luz» de los hombres y del mundo, aceptar la invitación transformadora que conduce, al final de la reconciliación en la santidad, a la «divinización», o

[20] Numerosos textos de los Padres de la Iglesia, evocando la noción de «Tiniebla», testimonian con magníficas formulaciones el carácter singularmente inaccesible e inefable de la «Trascendencia» divina: «*La naturaleza supraesencial de Dios no puede ser dicha, pensada o vista -pues está alejada de todas las cosas y es más que incognoscible, siendo llevada por las virtudes incomprensibles de los espíritus celestiales-, incognoscible e inefable para todos y para siempre. No hay nombre en este siglo ni en el venidero para nombrarla, ni palabra alguna que se encuentre en el alma y sea pronunciada por la lengua, ni contacto sensible o inteligible, ni imagen alguna que permita conocerla, salvo la perfecta incognoscibilidad que se profesa al negar todo lo que puede ser nombrado. Nadie puede llamarla propiamente esencia o naturaleza, si busca verdaderamente la verdad que está por encima de toda verdad*». (San Gregorio Palamas, Theophanes, P.G., vol. 150, col. 937 A).

[21] *Ritual del Grado de Aprendiz del Régimen Escocés Rectificado*. Podríamos multiplicar los ejemplos dentro de los rituales, pero nos limitaremos a uno muy significativo, limitado al 1er Grado, en el que, antes de su llegada a la Logia, se confía al Hermano Introductor una tarea notablemente cargada de significado a nivel simbólico, la de pronunciar este discurso al candidato: «*Es absolutamente necesario que, a partir de ahora, estéis completamente convencido de vuestra debilidad personal, y de la imposibilidad en la que os encontráis para avanzar sin ayuda y sin guía hacia el Templo de la Verdad. Y para darnos una prueba evidente de la sincera desconfianza que tenéis hacia vos mismo, debéis consentir el ser privado de la luz elemental, símbolo bastante evidente de los falsos resplandores que son la parte del hombre abandonado a su propio albedrío. ¿Consentís, pues, en que os coloque esta venda sobre los ojos, y querréis abandonaros con absoluta confianza entre las manos de aquel que ha recibido la orden de dirigir vuestros pasos?*». Tras su acuerdo, que entre paréntesis equivale a un reconocimiento de su debilidad y de su error, el Hermano Introductor sumerge al candidato en la «oscuridad», y no cesará de hacer alusiones a esta noción, declarando enérgicamente esta frase extraordinaria en el momento en que se coloca la venda sobre los ojos del candidato: «*Aquel que, gozando de la Luz, rechaza tomarla como guía, que sea probado por las tinieblas*». Luego, un poco más adelante, cuando privado de la vista la noche rodea ahora al profano, generando en él, como es normal, algunos temores naturales, lo tranquilizará con estas palabras: «*Estáis en las tinieblas, pero no tengáis ningún temor. Vuestro guía camina en la Luz y no puede extraviaros*».

«transfiguración», que corresponde precisamente a la recuperación de la «semejanza divina» perdida, cuya promesa fue concedida a las criaturas por la gracia salvadora del Sacrificio del Divino Reparador.

Está claro, pues, que la región de las sombras queda superada si seguimos la exigencia cristiana de dejarnos «habitar» por Cristo - «*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí…*» (Gálatas II :20)-, qué revuelo puede suponer para el alma este nuevo y benéfico nacimiento a la «Luz», al saber que: «*ser cristiano es estar en Dios desde aquí abajo y en este momento*»[22], estar vivo a su Palabra y a sus preciosas bendiciones, porque estar en Dios significa «ser» en su «Luz», y por tanto vivir de su «Luz».

XV - El «Nombre *Sum* [Soy]» de aquel cuya «voz clama en el desierto»

El «abismo metafísico» representado por la Encarnación es, en cierto modo, la realización de una «imitación» invertida de la vida adámica, para devolver al hombre su «semejanza» perdida mediante el poder salvador y redentor del sacrificio divino.

Además, la cronología del relato evangélico nos muestra claramente que el Verbo aniquilado, es decir, Aquel que «*siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres…*» (Filipenses II :6-7), respondió directamente, como en un eco desde la región terrestre, al «yo no soy» de San Juan Bautista: «*Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego*.» (Mateo III:11)

Juan el Precursor, doble esotérico de Juan el discípulo, nos informa así de lo esencial: «*no soy digno de desatar la correa de su calzado*» (Lucas III:16); es decir, el «Nombre Sum [Soy]» de aquel cuya «*voz clama en el desierto*» (Lucas III, 16)[23], frase que Jean-Baptiste Willermoz utilizó como lema cuando fue armado Caballero el 25 de julio de 1774, lo que tiene cierto sentido dado que su nombre de bautismo le relacionaba directamente con el profeta que predicó «*en el desierto*» la llegada del Mesías, pero que evidentemente tiene un significado mucho más profundo.

Si conocer nuestra esencia «en» y «por» la «negación» es el sentido de la vía clásica de la metafísica, distinguiendo el Ser «causa de sí mismo» (causa sui)[24] del ser contingente, es

---

[22] J. Borella, *El sentido de lo sobrenatural*, La Place Royale, 1986, p. 62.

[23] «*Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías*.» (Juan I :23).

[24] Sin embargo, como hemos visto, la noción de «causa» es absolutamente extraña a la naturaleza divina, por lo que hablar del Ser como «causa de sí mismo» es, en rigor, un tanto inexacto, como señalaba el médico y teólogo agustino Antoine Arnauld (1612-1694) a René Descartes (1596-1650), refiriéndose a Santo Tomás de Aquino, objetando que Dios no tiene que darse a sí mismo lo que ya posee, a saber, el «ser», dado que «*la noción de causa precede lógicamente a la de efecto, es absurdo atribuirlas a la misma cosa ya que entonces estaríamos planteando*

también uno de los modos de nuestro proceso iniciático, puesto bajo el patrocinio de San Juan, ya que la puesta en práctica de la humilde confesión de Juan el Bautista: «yo no soy», o más exactamente "yo no soy digno" (Lucas III :16), nos introduce en la verdad propia de la metafísica a través de la comprensión del "no-ser", así como en el trabajo simbólico frente a lo que representa la idea de la "calcinación" por el fuego de San Juan, lo finito siendo verdaderamente finito sólo dentro de lo infinito, así como la «Luz» es perceptible en el corazón de las tinieblas, de modo que por esta presencia iluminadora de la luz, las tinieblas realizan la verdad de su naturaleza desapareciendo y volviendo al no-ser.

Este planteamiento es, de hecho, un esbozo de la contemplación de lo que en nosotros participa del dominio de los principios inmutables y eternos, desde la primera «imagen» hasta la posible «semejanza» de Dios, dominio propio de la metafísica, lugar donde el intelecto trascendente se eleva hacia el descubrimiento de un principio «Primero» en el orden del Ser, captando, mediante una conciencia vívida y lúcida, su radical dependencia ontológica del Ser Supremo.

En este momento estremecedor, que a menudo se asemeja a un «nuevo nacimiento», el intelecto comprende la verdad de nuestra condición de nacidos de una causa precedente que nos confirió la existencia, y de la que somos el puro producto, al haber recibido el don de la «vida» que tenemos, en una visión lúcida y evidente de la condición real de cada criatura, de su relación total en dependencia que la ordena al Ser primero, origen de todas las causas creadas en dependencia, orden que es constitutivo en todo, llevándonos, siguiendo a San Juan Bautista, a poder declarar: «*yo no soy*», lo que implica que "yo no soy el origen de mi ser", "yo dependo de una causa primera de determinación en el orden del ser", "yo no soy pues mi propia causa, ni mi propio origen", siendo nuestra esencia una cuestión de dependencia fundamental, habiéndonos sido dada la vida y nos será quitada sin que podamos hacer nada contra esta finitud imperativa que se ejerce con un rigor implacable y una ley severa de obligación insuperable.

Entre la realidad del no-ser del «menor espiritual» y la preeminencia originaria del «Ser» divino, se revela así el camino de la «semejanza» hacia la «Verdad» y la «Luz» del Ser divino, cuando la criatura comprende, mediante una captación intuitiva, que se impone como una especie de evidencia masiva e incontestable, que no es nada, estrictamente nada, fuera del ser de Dios, y que Dios es absolutamente este «Todo» sin el cual nada existe, puesto que es el

---

que recibe el ser, y sin embargo que ya lo posee antes de que concibamos que lo ha recibido» (cf. S. Tomás, C. Gent. S. Tomás, C. Gent, 209 5-9), sabiendo por otra parte que «*sólo se da lo que se tiene; si la causa da el ser, entonces ya lo tiene; ¿por qué entonces habría de darse a sí misma?*» (Ibid., 210 12-20). En su correspondencia con Descartes, Antoine Arnauld afirma así que Dios, como Ser eterno, no es en modo alguno «*causa de sí mismo*», lo que parecería significar que se habría visto obligado a darse lo que le faltaba, mientras que siendo «*acto puro*» ya posee, y siempre tiene, la plenitud de su esencia. El empleo de la expresión «*causa de sí mismo*» en relación con el Primer Ser significa simplemente que, en virtud de su «ipseidad», Dios no depende de nada anterior a sí mismo, lo que Descartes resumió así en su 4ª respuesta a Arnauld: «*Dios no es realmente una causa eficiente en relación consigo mismo, pero su poder infinito, a la vez productor y conservador, desempeña el papel de tal causa, sin introducir por ello ninguna distinción, puesto que es idéntico a su esencia*». (Quartoe resp., AT VII 236 9-10).

Ser Absoluto quien por su «*Verbo Todopoderoso e invencible ha dado el ser a todo lo que existe*»[25].

Por lo tanto, sólo hay una y única alternativa para el ser que ha tomado conciencia, a través de su recorrido iniciático y de su honesta lucidez respecto a su condición, que lo coloca en una situación de indigencia ontológica: abrirse a la «Luz» del Espíritu, en la que sólo reside la verdadera esperanza de recuperar la naturaleza espiritual perdida y la posibilidad de un retorno a la «semejanza» olvidada y desfigurada en «desemejanza».

Por eso es importante no confundir lo que es perecedero en el hombre con lo que no lo es, distinguiendo lo material y mortal contingente a lo que pertenece la envoltura carnal de lo inmaterial trascendente que participa del dominio espiritual innato en toda criatura.

Además, si necesitáramos una confirmación sobre el tema, constatamos que ya en la «Primera Instrucción» del 7 de enero de 1774, durante los seminarios abiertos a los iniciados en la ciencia impartidos por Martinès de Pasqually, se hablaba de la participación del hombre en la vida divina, en la esencia misma de Dios, ya que el «menor» es una «verdadera imagen del Creador», debido a la presencia, efectivamente «innata» en él, es decir, procedente de un origen increado no resultante de una edificación material, de las «*tres facultades*» que son «*el pensamiento, la palabra o intención, y la operación*»:

> «*Se os enseña que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. Siendo el Creador espíritu puro, no es por su forma corporal por lo que el hombre puede ser su imagen y semejanza; que por tanto sólo puede serlo por sus facultades espirituales, ya que el ser espiritual menor, u hombre, es una emanación de la Divinidad y debe participar de la esencia misma de esta Divinidad y de sus facultades*.[26]»

Si, en su ferviente y constante plegaria al Cielo, el hombre estuviera dispuesto a estar atento todos los días, y no sólo de vez en cuando, en algunas raras y lejanas ocasiones, a esta «*Luz que brilla en las tinieblas*», una «*Luz*» como sabemos -y como nos recuerda el triángulo radiante al este de la Logia, que fue rechazada y no acogida por el mundo, que la rechazó violentamente y le dio la espalda por completo por su ceguera voluntaria, podría «transfigurarse» auténticamente, como Cristo, experimentando en lo más íntimo de su ser el carácter profundamente iluminador y transformador de la «Trascendencia divina».

Entonces podría redescubrir, con un extraordinario sentido de la maravilla y la salvación, en su «Santuario» secreto, invisible a los ojos carnales de la realidad del mundo aparente, el

---

[25] *«Gran Arquitecto del Universo, Ser Eterno e Infinito, Tú que eres la Bondad, la Justicia y la Verdad mismas, Tú que por tu Verbo Todopoderoso e invencible has dado el Ser a todo lo que existe, recibe el homenaje que los Hermanos aquí reunidos en Tu presencia te ofrecen por sí mismos y por todos los otros hombres.»* (Plegaria de apertura de los trabajos, Ritual del Grado de Aprendiz, 1802).

[26] J.-B. Willermoz, *Las lecciones de Lyon a los Élus Cohen*, «Primera instrucción del 7 de enero de 1774».

«cuadro universal» que se activó en todas las regiones celestes y supracelestes al principio de los tiempos, el cuadro que preside las leyes de «acción y reacción» que fueron utilizadas por el Creador en el momento de la emanación del «menor espiritual»:

> «*Se vería acompañado por las manos derecha e izquierda de Dios, que no cesan de preservarle y defenderle, que operaban temporalmente en las dos alianzas, o iniciaciones espiritual y divina, y que estaban representadas corporalmente ante los tres discípulos del Reparador por los precursores de estas dos iniciaciones: Moisés, que había conducido al pueblo a las puertas de la tierra prometida, y Elías, que había venido a preparar el camino de la alianza eterna de la paz y la santidad.*[27]»

Una vez realizada la «transfiguración» del hombre nuevo, queda en su espíritu el recuerdo permanente de la misteriosa «obra» que acaba de llevarse a cabo, devolviendo a la criatura caída la «semejanza» que se había perdido en la prevaricación de Adán, tomando conciencia en ese momento del ternario de la creación del que todos los seres derivan su existencia.

XVI - La «divinización» realiza el retorno a la «semejanza divina», objeto mismo al que aspira el «cristianismo trascendente»

La cuestión de la «divinización» ocupa así un lugar privilegiado en los escritos de varios autores espirituales desde los primeros siglos de la era cristiana, y es evidente que, desde el punto de vista del tema que nos ocupa, su evocación parece corresponder más que nada a esa «semejanza» perdida que nos corresponde redescubrir.

Aunque las palabras son siempre muy imperfectas cuando se trata de expresar realmente lo que puede ser esta «participación en la naturaleza divina» de la que habla San Pedro[28], no cabe duda de que la perspectiva de «divinización» o «deificación», ofrecida al hombre por Cristo, está inscrita, desde la «Revelación», en el corazón mismo del misterio de su «Encarnación», abriendo así las puertas del Reino a las almas que esperan a Dios por medio de la santa religión cristiana.

Esto explica por qué Joseph de Maistre sostenía que el cristianismo era la coronación de las religiones, la «Religión» por definición y excelencia, la religión que lleva a su máxima profun-

---

[27] *Ídem.*

[28] «*Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.*» (2 Pedro I:3-8).

didad la exigencia metafísica universal, la que oculta los misterios inefables -lamentablemente olvidados por doctores y teólogos, e incluso en ciertas ocasiones durante los concilios, condenados al ser denunciados como herejías-, la que «revela el hombre al hombre»[29], la que es, en la bella expresión de Louis-Claude de Saint-Martin (1743-1803): «*el final y el descanso de todas las religiones*», porque es la religión de la interioridad pura que no es otra que el "*cristianismo trascendente*" que ejecuta secretamente la obra indecible de la "*deificación*" que, en la paz del "*Silencio Absoluto*", desvela en el corazón de cada hombre la "*Luz del Espíritu*" sobrenatural.

Es evidente que los principios esenciales del «cristianismo trascendente» que abren esta perspectiva de «divinización», principios que no se fundan en dogmas grabados en piedra sino en la iluminación del «Espíritu», que no tienen que ser «escritos», definidos y fijados en definiciones, deben permanecer libres y misteriosos.

San Basilio de Cesarea († 379), particularmente en su «*De Spiritu*», y la *Carta del Papa Inocencio I* († 417) *a Decencio de Gubio*, sobre el don del Espíritu conferido por «la unción con óleo o la imposición de manos», explica que el secreto del verdadero culto, que consiste en la verdadera religión y no en las ceremonias externas, se revela en la práctica en la identidad existente entre «verdad» y «revelación» del Espíritu más allá de la letra de la Escritura, de modo que para los que han sido iniciados en los misterios, el conocimiento divino no es otra cosa que el «conocimiento íntimo e interior de Dios», un «conocimiento» que es a la vez, y en el mismo acto, la teoría del verdadero culto y la práctica de su celebración[30].

Conclusión: La experiencia y el conocimiento de Dios coinciden de tal modo en el alma que conducen a la «semejanza» divina

La idea extraordinariamente importante que se encuentra en San Basilio es la de sostener que, a partir de la experiencia del Espíritu tal como se produce en el camino interior, el hombre llega en su alma, por gracia sobrenatural, al conocimiento. Pero la tesis teológica de San Basilio, que se basa esencialmente en una comprensión extraordinaria de lo que hace la experiencia de Dios, llega a afirmar que «experiencia» y «conocimiento de Dios» coinciden tan estrechamente en el alma que conducen a la «semejanza» divina:

[29] J. de Maistre, *Del Papa*, liv. III, ch. I, 1819.

[30] Esta experiencia fue descrita admirablemente por Vladimir Lossky (1903-1958): «*La teología cristiana es siempre, en último análisis, un medio, un conjunto de conocimientos destinados a servir a un fin que supera todo conocimiento. Este fin último es la unión con Dios o deificación, el θέωσις de los Padres griegos. Llegamos así a una conclusión que puede parecer bastante paradójica: la teoría cristiana tendría un sentido eminentemente práctico, y tanto más cuanto que es más mística, porque apunta más directamente al fin supremo de la unión con Dios*.» (Cf. V. Lossky, Théologie mystique de l'Église d'Orient, Aubier, 1944, p. 7).

> «*Se nos propone asemejarnos a Dios* (ομοιωθήναι Θεώ) *tanto como es posible para la naturaleza humana. Pero no hay semejanza* (ομοίωσις) *sin conocimiento* (γνώσεως).[31]»

El "conocimiento del Espíritu" y la "experiencia del Espíritu" no son sino una sola e idéntica "operación" capaz de conducir a la unión supraesencial.

Así pues, el principio fundamental de San Basilio es que el «conocimiento del Espíritu» y la «experiencia del Espíritu» forman una única e idéntica estructura antropológica capaz de conducir de la «imagen» a la «semejanza». En efecto, el hombre no realiza simplemente un acto de fe cuando se abre al Espíritu y lo acoge en su «santuario interior», sino que entra en una relación íntima, vital y esencial con Él, de modo que la «experiencia» y el «conocimiento» del Espíritu se unen en un único misterio transformador:

> «*El Espíritu se comunica sólo a los que son dignos de él, no según una medida única, sino distribuyendo su operación* (ενεργέιαν) *en proporción a la fe.*[32]»

¿Por qué esta identidad entre el «conocimiento de Dios», la «experiencia de Dios» y la recuperación de la «semejanza» original perdida que tiene lugar en la cámara secreta del corazón?[33]

Este es el pasaje en el que San Basilio revela el secreto de la adoración en el Espíritu, que produce la iluminación transformadora que conduce a Aquel a quien pertenecen la «huella» y el «sello»:

> «*Como vemos al Padre en el Hijo, así vemos al Hijo en el Espíritu. Adorar* (προσκύνησις) *en el Espíritu significaría, por tanto, que nuestra actividad mental tendría lugar en la luz* (φωτί), *como se deduce de lo dicho a la samaritana. [...] Así que, a decir verdad, la conclusión es obvia: mediante la iluminación* (φωτισμοϋ) *del Espíritu discernimos el resplandor (απαύγασμα) de la gloria de*

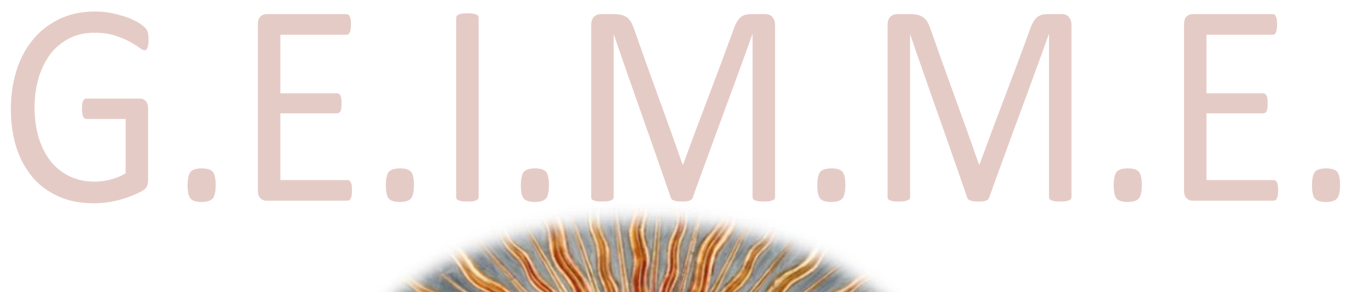
---

[31] S. Basilio de Cesarea, *De Spiritu* I, 2, 10-15 – cf. *Sobre el Santo Espíritu*, coll. Fuentes cristianas, no. 1†7bis, Éd. du Cerf, 1968.
[32] *Ídem*., IX, 22, 32.
[33] A este respecto, cabe señalar la extraordinaria influencia que ejerció en la escuela francesa de espiritualidad del siglo XVII la «Regla de perfección» de Benoît de Canfeld (1562-1610), verdadero tratado de vida mística en el que se hacía especial hincapié en la perspectiva de la «deificación» concebida como una visión intuitiva «cara a cara» de la esencia divina que podía conducir a la «semejanza» interior. También hay que mencionar al carmelita Jean de Saint-Samson (1571-1636), ciego de nacimiento, que escribió en «La práctica esencial del amor», un libro de gran trascendencia espiritual: «*el alma es Dios en Dios mismo, no por naturaleza, sino en el amor y por el amor*». No debemos olvidar tampoco, con toda justicia, al padre Louis Laneau (1637-1696), misionero, vicario apostólico, administrador de las misiones entre la India y China, que resumió su doctrina de la «deiformidad» en «*De deificatione justorum per Jesum Christum*» (1693), e hizo de ella el núcleo de su catequesis en Asia, afirmando: «*Deificados somos verdaderamente hijos de Dios [...], se trata de una verdadera generación, ya que recibimos la naturaleza divina por participación.*»

Dios, mediante la impronta somos conducidos hacia Aquel a quien pertenecen la huella (χαρακτήρ) *y el sello* (ισότυπος σφραγίς) *de la misma forma...*[34]»

*

De este modo, se tiende un admirable puente entre el Ser y el no-ser, un puente de luz en la oscuridad, un puente de fuego en la noche profunda del espíritu, «fuego» entre lo finito y lo Infinito que se enciende ritualmente en la inauguración de las obras dedicadas a la «Luz», «fuego» que es «calcinación» e «iluminación», dándose y ofreciéndose como guía, medio y testigo de la presencia del Eterno. Es este mismo «fuego» del que San Juan Bautista fue heraldo y que se manifestó en la «paloma del espíritu», la «paloma de fuego» sobre la cabeza de Jesús en el momento de su bautismo a manos del Bautista[35], manos del que «no es», y además la «paloma» que, por encima del tabernáculo, transmite las luces esenciales, iluminando el corazón en un pasaje, es decir, una «Pascua», que desvela el principio de humildad metafísica en un clarividente descubrimiento del «fuego» en el «no-ser», comprometiéndolo con la verdadera pobreza espiritual cuya inteligencia santificada nos hace ver la miseria, y el corazón la grandeza.





[34] S. Basilio, *De Spiritu*, op. cit., XXVI, 64, 1-23.

[35] «*El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo. Y yo no le conocía; mas para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo bautizando con agua. También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él. Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquel me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios*.» (*Juan* I :29-34).
Por su propio nombre, el Bautista y el amado Apóstol de Cristo señalan el camino: en efecto, «Juan» o Ioanes, de origen caldeo-hebreo, está formado por dos raíces, «Io» que significa paloma, y «Annes» el Dios caldeo que trae la iniciación a la humanidad transmitiendo la «Luz».

LA ESPERANZA DEL AMOR

(Comentarios sobre *El Hombre de Deseo* de Saint-Martin)

Amorifer M+I

"¿Por qué el hombre en este mundo está lleno de esperanza? Porque vive en las redes del amor. (…) Eslabones del amor, si os rompéis, entonces los de la esperanza se romperán también; porque la esperanza es hija del amor"
(H.D. 72)

El hombre pierde la esperanza cuando pierde la capacidad de amar a sus semejantes, pues quien no ama a sus semejantes sólo se ama a sí mismo, y quien sólo se ama a sí mismo no participa del amor de Dios. *"Pero si el hombre se separa del amor, ¿puede el amor separarse de él?"* (56). Él se separa del amor cuando, alejándose y olvidando sus principios divinos, se separa de Dios, origen y fuente del verdadero amor, y se adormece sobre la materia sucumbiendo al abuso que debía corregir: *"Los abusos os hicieron negar los principios, mientras que los principios debían haceros discernir y corregir los abusos"* (51). No es Dios quien se separa del hombre, es el hombre quien se separa de Dios. Y es en esta separación que se produce el mal uso de sus facultades desordenadas: *"El principio de las obras de desorden fue establecido en el momento del crimen"* (53), *"Mortales, ocuparos de la ordenación de vuestras facultades"* (53). En su deber y en su necesidad, pues, está remontar a su origen divino por el *cultivo de sus facultades*, recuperando la imagen y semejanza divinas en la unidad del amor de Dios, pues *su gloria está en ser el pensamiento más sublime que la sabiduría y el poder divino hayan podido producir* (66).

El mensaje de Saint-Martin, pese a la melancolía que destila por la aflicción que siente y que le rodea, no es un mensaje apocalíptico, sino todo lo contrario, es un mensaje de esperanza: *"En el seno de mis tinieblas, aún percibiré la luz"* (56); *"Cuando [el hombre] se abandone al crimen y las tinieblas lo rodeen, haréis brillar sobre las nubes de su exilio los rayos de vuestra santa alianza con él; y del seno de sus abismos, le mostraréis la región de la vida"* (54); *"En la época futura el hombre será más elevado que en su origen"* (50).

Esta esperanza, hija del amor, existe en el tiempo, por el tiempo y para el hombre: *"La esperanza es la virtud del tiempo. Cuando dejamos el tiempo, ella nos es retirada, si somos culpables; está cumplida si somos justos"* (50). Esta esperanza, desplegada en el tiempo, procura en el hombre el temor de Dios y el amor legítimo. *"El temor al Señor… Aparta de él [del hombre] todos los males. Absorbe todos los demás temores"* (53). La unidad con Dios se alcanza desde el amor, pues *"esta unidad alcanza y ama todos los seres"* (55), y en ella el hombre se reconoce como imagen y semejanza divinas, uno en Cristo y uno con Cristo, verdadero hijo de Dios. *"El verdadero amor por sí mismo es el amor de todos. El amor de todos es un amor celestial"* (55). Y es en este amor que radica la verdadera felicidad del hombre: *"Siento que necesito la felicidad de los otros. Me parece que la familia humana forma una unidad y que tengo en el fondo de mi ser el deseo de la felicidad de todos sus miembros"* (55). Cuando el hombre

sacrifica el amor al prójimo en aras de su amor propio, se produce la desconexión con la fuente y aparece el germen de la discordia, el germen de Satán (el que separa, el que divide): *"Las falsas doctrinas quisieran humillaros, mostrando el amor propio como el único móvil de vuestras acciones"* (55). Esta separación produce una gran inquietud en nuestro *Filósofo Desconocido*, quien, tocado por la gracia, no dudó un solo instante en ejercer su ministerio: *"Si mi alegría más viva es haber experimentado en este mundo el testimonio de nuestro Dios, ¿no deberé, a mi vez, rendir testimonio delante de las naciones?"* (52). Y salió, sin dudarlo, como *"una lámpara sagrada, suspendida en medio de las tinieblas del tiempo"* (62), asumiendo en todo momento que *"Aquellos que están hechos para la obra no deberían pensar en sí ni siquiera un solo instante"* (63), prodigando la misericordia del Señor que se insinúa al hombre en todas las regiones de la creación: *"Rocío celeste, deseas solamente expandirte sobre la tierra del hombre; te acumulas y te vuelves lluvia abundante, procurando humedecer las alturas y los lugares estériles, a fin de restablecer por todas partes la vegetación"* (67), pese a la ingratitud del hombre adormecido, que toma su debilidad por fortaleza y *"en vez de extender incesantemente las manos hacia aquél que le podría dar la limosna, se doblega, las llena de polvo y se cree entonces en la abundancia y la riqueza"* (65). El hombre, enloquecido, sólo busca (o incluso roba) entre los demás hombres intentando desesperadamente fijar la eternidad en las formas, pues *"En cualquier estado que el hombre se encuentre, la idea de la eternidad lo persigue"* (50), pero sólo encuentra en su impotencia un fuego devorador *"que lanzará el rayo sobre [sus] edificaciones y las consumirá hasta los cimientos"* (67), y *"en vez de sombras de luz, sólo tiene sombras de tinieblas"* (76). Olvida que *"sólo por el temor de [su] alma conocerá las maravillas de la sabiduría, en vez de conocerlas por el arrebatamiento y la admiración"* (67), olvida también que *"la verdad es natural al alma humana, y no a la ilusión y a la mentira"* (65) y que no tiene necesidad de buscar fuera lo que por su propia naturaleza espiritual debería manar desde dentro.

Saint-Martin sufre las consecuencias de lo inevitable: *"Los hombres se lapidan mutuamente todos los días con palabras, como Esteban fue lapidado con piedras por los estrictos observadores de la ley, y por sus palabras es que debían sustentarse y santificarse unos a otros"* (58). Pero su esperanza, la esperanza que solicita a sus hermanos, los hombres, radica precisamente en el poder transmutador del amor y de la palabra, y por consecuencia, del ejemplo: *"¡Hermanos míos!, comencemos por amarnos; pronto nos corregiremos y nos perfeccionaremos recíprocamente, si el amor, por sí mismo, no nos perfecciona"* (58); y en el poder regenerador de Cristo, puesto que *"su poder regenerador se extiende sobre todas las moradas de la familia humana"* (69). Cristo, el Reparador, canaliza la *"marcha misericordiosa del amor, después de la caída"* (68): *"No vino con las amenazas y las palabras aterradoras de los profetas. Vino a anunciar que su yugo era dulce, y que en éste los hombres encontrarían el reposo de su alma*" (64). Su mensaje es un mensaje de amor y su palabra es la palabra de Dios, pan de vida para los hombres.

Saint-Martin ama al hombre, y lo hace bajo la máscara (los martinistas lo saben bien): *"En vano el hombre de deseo arde en celo; es preciso que cuide de sus semejantes, sin que ellos puedan ni siquiera percibirlo o sospecharlo"* (73). Continuamente le recuerda la llamada y la bondad de Dios: *"Él te había dado el río de la vida por morada, y su ley y su amor no pueden*

cesar de llamarte para que regreses" (79). Le reprocha su obcecación por seguir buscando la verdadera felicidad en los aspectos efímeros de la naturaleza humana: *"Hiciste como los hijos de los hombres; cavaste día tras día, para ti mismo, una fosa en las alegrías humanas. Cuanto más profunda era la fosa, más te felicitabas. Procurabas sepultar la eternidad en el tiempo"* (75). Aunque no tuvo hijos, su actitud cultiva las virtudes de un buen padre: *"El corazón humano entregado al amor paternal ya no tiene lugar para el crimen y la injusticia. Reposa pacíficamente en medio del mal, porque el mal no entra en él, porque su amor desea el orden y está unido al Espíritu y a las virtudes"* (80). Y su labor constante se arma de infinita paciencia, sabiendo que, en el hombre, muchas veces la virtud necesita el auxilio del oprobio para ser comprendida y reconocida en su grandeza: *"¡Cuánta paciencia, cuánto ingenio necesitas, verdad santa, para hacer penetrar la vida en el alma humana! Es preciso que te envuelvas, que disimules, como si tuvieses proyectos funestos contra los hombres"* (73).

Ante la agitación convulsiva de la naturaleza humana, no perdió nunca la esperanza en la acción equilibrante de la ley divina: *"porque la paz y la calma son el objetivo final de la naturaleza, como son el objetivo final de la esencia del hombre"* (71), pues *"Dios solo se venga oponiendo el orden al desorden"* (71). El hombre ha de buscar el equilibrio en medio de la tensión de los opuestos, ha de silenciar el ruido de este mundo si quiere vislumbrar la luz que continuamente se vierte sobre el velo de su incertidumbre, ha de calmar sus pasiones para activar su espíritu: *"Es sólo en la calma de nuestra materia que a nuestro pensamiento le va bien; es sólo en la calma de lo elemental que lo superior actúa. Es sólo en la calma de nuestro pensamiento que nuestro corazón hace verdaderos progresos; es sólo en la calma de lo superior que lo divino se manifiesta"* (59). La luz que su espíritu reclama, nada tiene que ver con la falsa luz de este mundo: *"¡Felizmente reservaste tu luz y tu sabiduría para otra morada!"* (65), donde la *Ciencia* es *demasiado sencilla para que los sabios y las personas del mundo puedan sospechar de ella* (56).

La obra de Saint-Martin es una obra de amor y de esperanza, sus lágrimas sólo se justifican por sus propias limitaciones: *"Debemos llorar por los hombres que habían esperado de nosotros su liberación, y que dejamos en los calabozos. Debemos llorar por los males que no detuvimos e igualmente por el bien que no hicimos"* (63). Su deseo nos dirige a los brazos del Eterno: *"Tus ojos verán el amor de tu Dios, extendiéndote los brazos…; olvidarás todas las épocas de dolor y de mentira, y sólo tendrás memoria para la virtud y para la verdad"* (72), y a la unión íntima con la fuente de todo amor y de toda vida: *"Uniré a mi corazón las fuentes vivas de la virtud, y a mi esencia inmortal las fuentes eternas del amor. Así prepararé para mí al mismo tiempo el sueño de paz y el despertar del justo, en la alegría y vivacidad del espíritu".*

Que su enseñanza siga viva ante nuestras *Luminarias Martinistas* y que sea vivificada desde el centro de nuestro corazón, porque *"Ella está acoplada a las ramas de un olivo vivo, de donde escurre un óleo puro, que hace irradiar la luz en todo su esplendor"* (62), es dulce como *"… las curas realizadas por la mano del Señor. No quitan nada, sólo dan"* (65).

LOS DOS OJOS (O ROSTROS) DEL ALMA

Maestro Eckhart (1260-1328)

"El alma fue creada como en un punto entre [el] tiempo y [la] eternidad, tocando a ambos. Con las potencias más elevadas toca la eternidad, pero con las potencias inferiores el tiempo." [S. 43]

"El alma tiene dos ojos, uno interior y otro exterior. El ojo interior del alma es aquel que mira adentro del ser y recibe su ser de Dios en forma completamente inmediata: ésta es la obra propia de él. El ojo exterior del alma es aquel que está dirigido hacia todas las criaturas percibiéndolas en forma de imagen y de acuerdo con su [propia] potencia." [S. X]

"…el alma tiene dos rostros, y el rostro superior contempla a Dios en todo momento y el inferior mira un poco hacia abajo y guía a los sentidos; y el rostro superior es lo más elevado del alma, se mantiene en [la] eternidad y no tiene nada que ver con el tiempo y no sabe nada ni del tiempo ni del cuerpo. Y he dicho algunas veces que en este [rostro] yace encubierto algo así como la fuente de todo bien y como una luz resplandeciente que alumbra en todo momento, y como un fuego ardiente que arde todo el tiempo y el fuego no es otra cosa que el Espíritu Santo." [S. XXVI]

Speculum Sophicum Rhodostauroticum
o
Espejo de la Sabiduría de los Rosacruz,
por
Theophilus Schweighardt Constantiensem[36] (1618)

"Hay que subrayar que el alma creada del hombre tiene dos ojos espirituales: el ojo derecho puede ver en la eternidad y el ojo izquierdo puede ver en el tiempo y en las criaturas.

[…] Esos dos ojos del ser humano no pueden llevar a cabo su trabajo al mismo tiempo. Por lo tanto, cuando el alma mira en la eternidad con el ojo derecho, el izquierdo ha de dejar su trabajo y no mirar en las criaturas, sino que debe permanecer como si estuviera muerto. Pero si el ojo izquierdo comienza a trabajar y mira hacia el exterior en el tiempo y se ocupa de las criaturas, entonces al ojo derecho se le impide la contemplación (y esto tiene que comprenderlo el hombre) y su experiencia rhodostaurosófica [como debe hacerse, correcta], por encima de la cual no hay nada más maravilloso en este mundo. Así, pues, tienes que actuar del siguiente modo: Mira primero con el ojo derecho en la eternidad; conoce a Dios, tu Creador, y a ti mismo; pídele su apoyo misericordioso y el perdón de tus pecados (que es lo primero y principal), y mantén tu ojo izquierdo cerrado mientras tanto. Luego, baja de la montaña y mira con tu ojo izquierdo (pero el ojo derecho debe conservar su prioridad) en el tiempo y en las criaturas. Mira primero hacia la naturaleza y lo que sea posible ver. (Todo esto lo puedes aprender tanto

---

[36] Que se cree que era Daniel Mögling (1596-1635), un alquimista, médico y astrónomo.

a través de tu experiencia y con tus propios ojos, como a través de los buenos libros que no contienen errores, muchos de ellos ya publicados), y después, [contempla] los elementos y cómo operan por medio de ella; [mira] el esperma, y después, continúa con los tres reinos de la Naturaleza: el mineral, el vegetal y el animal. Para terminar, vuelve a mirarte a ti mismo, y remóntate hasta Dios Todopoderoso, tu Creador. Contempla su misericordia y permanece así en la esfera de la verdad, percibiendo con gozo interior a Dios y a sus criaturas. Y no olvides que, durante todo este tiempo, no debes proyectar tu ojo izquierdo más allá de lo que las necesidades de tu cuerpo y tus obligaciones hacia tu prójimo requieran."

Dimensión del ser (eternidad) y del hacer (temporalidad)

T. Johannes Valentinus

El alma del hombre ve desde su rostro (ojo) temporal el mundo de las criaturas, donde la vida se desarrolla a través de las actividades en las que participamos (dimensión horizontal o dimensión del hacer). Pero si nosotros, como generalmente sucede, operamos solamente en ese nivel superficial de la vida, desconectados con nuestro fondo, rostro o visión espiritual y eterna, por más logros y conquistas que allí obtengamos, a la larga nada nos dejará satisfechos. El hacer se perpetúa en el hacer donde nunca encontrará descanso.

Pero el alma caída (que ha "olvidado" su verdadera identidad divina), desde su rostro (ojo) eterno (dimensión vertical o dimensión del Ser), es llamada a conocerse a sí misma en Dios, que es lo mismo que conocer a Dios: "*El ojo con el cual veo a Dios, es el mismo ojo con el cual me ve Dios; mi ojo y el de Dios son un solo ojo y una sola visión y un solo conocer y un solo amar*." [S. XII] Cuando esta visión interna se realiza, ese resplandor divino, "*fuente de todo bien y como una luz resplandeciente que alumbra en todo momento*", ilumina la visión externa de todo lo creado que contempla en ello la obra de Dios glorificada, permaneciendo oculta a esta visión "*La Causa primera [que] no está en un lugar, sino que está por encima de [todo] lugar, tiempo, nombre y comprensión*" (Clemente de Alejandría, *Stromata* V, 71.5).

Nuestra visión externa está sometida al cambio de las circunstancias, y necesariamente implica el tiempo, mientras que nuestra visión interna es siempre la misma, y siempre tiene como escenario la presencia eterna del Ser inefable que "*no tiene nada que ver con el tiempo y no sabe nada ni del tiempo ni del cuerpo*" [Eckhart, S. XXVI].

La comprensión de la vida en el alma es una gnosis que de alguna manera comunica e integra misteriosamente ambos estados. La *danza entre ser y hacer* se opera en una misma unidad de alma, aunque la dimensión de la visión eterna oculte la dimensión de la visión temporal y viceversa: "*Mira primero con el ojo derecho en la eternidad; conoce a Dios, (…) y mantén tu ojo izquierdo cerrado mientras tanto*". Esta integración se opera desde un "alineamiento" o "superposición" de lo invisible en lo visible, de la Presencia divina (eternidad) en toda experiencia presente (temporalidad), sin que la divinidad pueda ser tocada por la temporalidad,

atestiguando toda experiencia temporal desde el Ahora eterno de la divinidad que es la plenitud de todo tiempo. Pues como bien dice el Maestro Eckhart:

> "*Es una verdad segura que el tiempo no puede tocar ni a Dios ni al alma en cuanto a su naturaleza. Si el alma pudiera ser tocada por [el] tiempo, no sería alma, y si Dios pudiese ser tocado por [el] tiempo, no sería Dios*." [S. XXXVIII].

En consecuencia «*el tiempo existe en un "ahora presente"*» y «*el día de Dios [...] es allí donde el alma se mantiene en el día de la eternidad, en un "ahora" esencial*» [S. 10].

San Agustín de Hipona, en su obra *Confesiones*, hace la siguiente observación al respecto:

> "*Pero lo que ahora es claro y manifiesto es que no existen los pretéritos ni los futuros, ni se puede decir con propiedad que son tres los tiempos: pretérito, presente y futuro; sino que tal vez sería más propio decir que los tiempos son tres: presente de las cosas pasadas, presente de las cosas presentes y presente de las cosas futuras. Porque éstas son tres cosas que existen de algún modo en el alma, y fuera de ella yo no veo que existan: presente de cosas pasadas (la memoria), presente de cosas presentes (visión) y presente de cosas futuras (expectación)*."

Desde esta comprensión, *bajamos de la montaña* (de la dimensión eterna) y miramos el tiempo y las criaturas en la naturaleza contemplando cómo los elementos operan por medio de ella de acuerdo a la voluntad divina, y siendo así, retornamos a Dios desde el sí mismo de nuestra naturaleza divina:

> "*Para terminar, vuelve a mirarte a ti mismo, y remóntate hasta Dios Todopoderoso, tu Creador. Contempla su misericordia y permanece así en la esfera de la verdad, percibiendo con gozo interior a Dios y a sus criaturas. Y no olvides que, durante todo este tiempo, no debes proyectar tu ojo izquierdo más allá de lo que las necesidades de tu cuerpo y tus obligaciones hacia tu prójimo requieran*." ("*el ojo derecho debe conservar su prioridad*").

Las formas externas ("*en forma de imagen y de acuerdo con su [propia] potencia*", Eckhart, S. X), conocidas por la visión despierta del ojo exterior de nuestra alma, revelan la Presencia de Dios glorificada en todo cuanto acontece y la celebran. El mundo queda así transfigurado en el resplandor del Ser de Dios. Esto que acontece no es, sin embargo, un medio para un fin, pues en lo divino todo es plenitud, sino una apertura donde la divinidad manifiesta su misericordia como mundo creado. En la medida en que despiertes a esta comprensión (y este despertar puede ser más o menos gradual y más o menos estable antes de llegar a su plenitud), y te identifiques interiormente con esta Presencia como tu naturaleza esencial, la divinidad será tu inspiración en todo lo que piensas, sientes y haces en el mundo, pues de la contemplación de la verdad, de la comprensión verdadera, surge espontáneamente la acción adecuada "*para que Dios sea todo en todos*" (1 Cor 52:28):

> "*Por mi parte, sostengo que cuando se afirma que Dios será "todo" en todos, significa que también será "todo" en cada uno. Y será "todo" para cada uno de la siguiente manera: Dios será todo aquello que la mente racional puede percibir, comprender o pensar, una vez purificada de todo residuo de vicios y totalmente depurada de toda mancha de malicia. Y en adelante, ya no percibirá ninguna otra cosa, sino a Dios, no pensará sino en Dios, no verá sino a Dios, no poseerá nada sino a Dios: Dios será todos sus impulsos. Y para ella, Dios será todo de esta manera: ya no más discernimiento entre el mal y el bien, porque ya en ninguna parte [habrá] mal (pues, para ella, Dios es todo, en quien ya no se encuentra el mal). Y aquel que está siempre en el bien y para quien Dios es todo, ya no deseará más comer del árbol del conocimiento del bien y del mal*."

Orígenes de Alejandría (184-253)
Sobre los Principios. III. 6,3

Este es el sello del Padre inefable en el alma del hombre renacido del espíritu: "***Si os preguntan cuál es la marca del Padre en vosotros, decid que es un movimiento y un reposo***" (Tm 50:3). Este reposo constituye la esencia de nuestra experiencia interior, la quietud silenciosa y luminosa del "corazón" donde descansa el ojo de la eternidad que es una "*potencia [del alma] que no es tocada ni por el tiempo ni por la carne; emana del espíritu y permanece en él y es completamente espiritual*" (Eckhart, S. II), dándonos entendimiento. El movimiento es la experiencia vislumbrada por el ojo externo, la miríada de formas cambiantes que se manifiestan en el único Ser inmutable sin dejar nunca de ser él mismo, pues "*Dios se halla en todas las criaturas en cuanto tienen el [ser] y, sin embargo, está por encima [de ellas]*" (Eckhart, S. IX).



OLAS DE SILENCIO

(Segundo Oleaje)

Diego Cerrato

“Yo soy el que soy. (…) este es mi nombre eterno”
Ex 3:14-15

“…antes que Abraham naciera, yo soy.”
Jn 8:58

IX

En tu sueño asoman los mundos,
infinitas danzan las formas;
la noche vela las sombras,
en tiniebla preñada me oculto.

Cautivo y sonoro me entrego,
retorno atento en silencio.
Absorto en apariencias olvido,
recuerdo aquietado y sereno.
Dispenso increíbles paisajes,
recojo mudo vacío.

Tus ojos bordean objetos,
atestiguo libre y expandido.
Inspiras en tu lecho dormido
discretos versos furtivos.

Soñando creí haber vivido…
despertando nada ha acontecido.

X

Errante y roto
desde el mundo me buscabas;
mendigando soledad esperabas,
y en todo momento te abrazaba.

Mirada perdida y apenada,
corazón triste, voz apagada,
herido y cansado me buscabas.

Como viento suave
entre arboledas te llamaba,
cada latido de vida te acunaba,
mi aseidad en tu yoidad se ocultaba,
su silencio siempre te escuchaba;
vacilantes huellas transitabas,
sigiloso en cada paso te orientaba.

En tu cruz y en tus llagas
cada poro de tu piel acariciaba,
y tú..., ¡tú me buscabas...!

Descansa en mí, descansa en ti,
en nuestro dulce y eterno regazo
donde para dos no hay espacio.

XI

Aquello que vino a pensar
alumbra todo pensamiento,
refracta en cada concepto,
formula el razonamiento,
palabras nombra al vibrar.

Aquello que vino a sentir
germina en todo lo sentido,
se modula en lo percibido
donde florece prendido.

Aquello que vino a operar
dinamiza al pasar
todo tiempo y lugar;
teje lo acontecido,
experimenta lo vivido.

Aquello que vino a existir
concibe el devenir,
se piensa, se siente
y se hace viviente.

Aquello que viene y que va
esculpe de misterio
vacías formas de humanidad.

XII

Un sabio vino a enseñar
que para quien sabe escuchar
la vida muestra en cada momento
lo que necesita ir aprendiendo.

Transitar atento y abierto,
sin prejuicios, despierto,
sorprendido y serenado;
aprender siempre renovado.

Escucha vacía y clara,
de quietud alumbrada,
suavemente afinada
en atención madurada
se revela escuchada,
a sí misma despertada.

XIII

Buscándote te alejabas,
en silencio te asomabas.
Al querer encontrarte
con mi hacer dibujaste
fantasmal personaje.

Soñaba amándote,
amas soñándome.
Yo era tu sueño,
amor es despierto.

Amanece tu beso
dulzura de encuentro,
desnudo cortejo,
transparente reflejo
y vacío espejo.

XIV

Se alejó solo y callado
sin volver la mirada;
como simiente plantada
en su cuerpo enterrado,
su corazón aguardaba
de sí mismo olvidado,
en tiniebla fondeado.

Desasido y desnudado,
de cruz acrisolado
expiró transmutado.
Abriose germinado
el corazón purificado,
de luz resucitado.

Raíz profunda,
virgen fecunda;
espina doliente,
apertura luciente;
fruto de bondad,
fuente de verdad;
silencio revelado,
amor encarnado;
mundo transfigurado,
Fénix renovado.

XV

Enredado en mis sentidos,
como náufrago perdido
me buscaba en lo aprendido,
en ansias de ser cogido.

Danzaban las certezas
como doradas rejas,
recluyendo mi cabeza
en visiones diversas.
Concluí con firmeza:
¡no eres lo que piensas!

Insondables noches
de sueños ausentes,
despertaron un goce
oculto y silente,
en quietud sin borde.

Lo que ve sin ojo,
escucha sin oído,
sabe no instruido,
se afirmó solo,
brotando concluido
a sí mismo conocido,
sin nada parecido.

XVI

Indaga mi pregunta
disuelta en silencio,
no espera respuesta,
evoca su misterio.

Eco sin retorno,
mudo pensamiento,
traspasa el movimiento,
une muerte y nacimiento
en un ahora eterno.

Atisbo sigiloso,
amante y amado,
espera gozoso
fundirme vaciado.

Atento y admirado,
lúcida mirada,
mi pregunta indaga
disuelta en silencio.
¡Inefable misterio!

XVII

Saborea la vida historias de presente,
en retales de ahora sin tiempo,
perfilando incontables recuerdos
como ecos entre eternos silencios.

Inspirada de ingenio creativo
pincela vastos universos,
horadando lúcidos sueños.

Luna blanca de sentidos,
rocío de anhelo destilado,
sol de horizonte amanecido,
ilusiones de consuelo fugado,
ocaso de atardecer desprendido,
descanso de suspiro aquietado,
vacío que entrega iluminada
la obra de la vida culminada.

XVIII

Relámpago en noche oscura
pestañea la vida en un instante;
recuerdo de fugaz hondura,
poema sobrio y errante,
espejismo apasionado
de aperturas vaciado,
¿en verdad algo ha pasado?

Eso que en mi se vierte
sin que pueda contenerlo,
eso que me resuena
y me silencia en el viento.
Eso que me proyecta
en sueños inciertos.
Eso que me despierta
sin espacio ni tiempo,
donde a veces me pierdo
y siempre me encuentro.
Yo Soy Eso…
donde agonizan los recuerdos.
Yo Soy Eso…
donde amanece el Universo.



G.E.I.M.M.E.

“Quédense quietos y sepan que yo soy Dios”
Sal. 46:10

“Dios es un entendimiento que vive en el conocimiento única y exclusivamente de sí mismo, permaneciendo solo en sí allí donde nada lo ha tocado jamás [a Dios], porque allí se halla solo en su quietud. En el conocimiento de sí mismo Dios se conoce a sí mismo en sí mismo.”

Maestro Eckhart (S. IX)
(1260-1328)

3° ENCONTRO NACIONAL



BRASIL RETIFICADO

REGIME ESCOCÊS RETIFICADO

GRAN PRIORATO RECTIFICADO DE HISPÂNIA



Realização: BRASIL RETIFICADO



22, 23 e 24 de Novembro de 2024.

Templo Maçonico da Loja Oração e Caridade em Canoas, Rio Grande do Sul - Brasil.










Inscrições:

(45) 988316290
(21) 974438263

San Miguel Arcángel

29 de Septiembre

Capitán de la Milicia de Dios
Primer Príncipe de la Ciudad Santa

"Hubo un gran combate en los cielos. Miguel y sus ángeles lucharon contra el Dragón. También el Dragón y sus ángeles combatieron, pero no prevalecieron y no hubo ya lugar en el Cielo para ellos. Y fue arrojado el Dragón, la Serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero; fue arrojado a la tierra y sus ángeles con él."
Ap. 12:7-9

G.P.R.D.H.
ARAGÓN LEÓN
IN VIRTVTE TVA
AVDACES JVBAT
www.masoneriacristiana.es

Gran Priorato Rectificado De Hispania



El Gran Maestro tiene el honor de invitaros a la Fiesta Nacional de la Orden, San Miguel 2024, que tendrá lugar, Dios mediante, el primer sábado de octubre en los locales de la Orden de Madrid.
Se ampliarán detalles con la convocatoria dentro de pocos días.

Le Grand Maître a l'honneur de vous inviter à la Fête Nationale de l'Ordre, le Saint-Michel 2024, qu'il aura lieu, si Dieu le veut, le premier samedi d'octobre au siège de l'Ordre à Madrid.
Des détails seront agrandis avec la convocation dans quelques jours.

The Grand Master has the honor to invite you to the National Order Party, San Miguel 2024, which will take place, God Willing, the first Saturday of October in the premises of the Order in Madrid.
Details will be expanded with the announcement in a few days





"…la doctrina sobre la emanación del Ser intelectual del hombre concuerda con la que nos enseña que todos nuestros descubrimientos no son sino reminiscencias. […] si somos emanados de una fuente universal de verdad, ninguna verdad debe parecernos nueva. Y recíprocamente, si ninguna verdad nos parece nueva, sino que sólo percibimos el recuerdo o la representación de lo que estaba oculto en nosotros, debemos haber nacido de la fuente universal de la verdad. […] He aquí también al hombre teniendo la reminiscencia de la luz y de la verdad, prueba de que ha bajado de la morada de la luz y de la verdad."

Louis-Claude de Saint-Martin
(1743-1803)
Cuadro Natural, XX

G.E.I.M.M.E.

Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas & Martinezistas de España

www.geimme.es
www.facebook.com/geimme
geimme.blogspot.com.es/
www.youtube.com/c/GEIMME
https://t.me/geimme
geimme.info@gmail.com